

**COMENTARIO DEL LIBRO
AN AGRARIAN REPUBLIC:
COMMERCIAL AGRICULTURE
AND THE POLITICS OF PEASANT
COMMUNITIES IN EL SALVADOR,
1823-1914***

Lara Elizabeth Putnam

Cualquier trabajo monográfico que contribuya a la escasa historiografía existente sobre El Salvador es bienvenido. Mucho más lo es, si se trata de un libro como el de Aldo Lauria Santiago, que nos brinda aportes importantes para entender múltiples temas claves en la historia de esa nación: el desarrollo de la estructura agraria, la formación del Estado, la Reforma Liberal, la relación histórica entre los jefes militares y la elite económica, y la evolución de la participación

* Aldo A. Lauria-Santiago, *An Agrarian Republic: Commercial Agriculture And the Politics of Peasant Communities in El Salvador, 1823-1914*. University of Pittsburgh Press, Pitt Latin American Series, Pittsburgh, Pennsylvania, E.E.U.U., 1999. 326 pp. Ilustraciones, mapas, anexo, bibliografía, cuadros.

política popular en el marco de la relación dinámica entre posición económica e identidad étnica.

El libro inicia con una breve introducción, que ubica los temas mencionados en el contexto de los debates teóricos actuales. ¿Cuál ha sido el impacto de la agricultura de exportación sobre las estructuras sociales y los regímenes políticos de las sociedades periféricas? ¿Qué papeles han desempeñado los sectores rurales —jornaleros, campesinos, medianos propietarios y grandes productores— dentro de la formación institucional e ideológica de los estados latinoamericanos? ¿Cuál es la relación entre las disputas políticas locales y la centralización del poder estatal?

Por un lado, Lauria discute las interpretaciones estructuralistas y dependentistas, tradicionales en la región, que hacen hincapié en el impacto exógeno del sistema de intercambio internacional y asignan poca importancia causal a las contiendas socio-políticas locales. Por otro lado, el autor ubica su estudio dentro de una creciente literatura que investiga los vínculos comerciales y las iniciativas políticas de los campesinos en la América Latina decimonónica.

Si bien en su introducción y conclusión Lauria hace explícito el contexto teórico y comparativo de su investigación, la base y el eje de su trabajo consisten en la lectura exhaustiva de las fuentes primarias —actas municipales, solicitudes, denuncias, informes, boletines, periódicos—, con lo cual reproduce la densidad empírica y descriptiva que ha sido el punto fuerte de las obras clásicas de la historia agraria centroamericana.

El segundo capítulo describe la estructura de la producción y comercio a fines del período colonial. Las comunidades campesinas, tanto indígenas como ladinas, se integraban plenamente en las redes comerciales de la época y producían más de la mitad del añil exportado. Las formas comunales regían la tenencia de la tierra y tenían una presencia importante también en la producción. El tercer capítulo rastrea las consecuencias que produjo en esta estructura la Independencia. Los levantamientos populares y la inestabilidad política, característicos al primer medio siglo de vida republicana, debilitaron a los hacendados locales y los comerciantes externos. Como consecuencia, la producción

campesina y las comunidades rurales llegaron a tener todavía más peso dentro de la economía nacional y en el balance de poder político.

El cuarto capítulo argumenta, que la amplia participación campesina en las redes comerciales y la exitosa combinación de la producción de subsistencia y comercial, permitieron una notable expansión y diversificación de las exportaciones salvadoreñas entre los años 1850 a 1880. En este período, se fue diferenciando un sector emergente de empresarios rurales, cuya producción seguía basada en la propiedad ejidal o comunal. En ciertas localidades crecieron las tensiones entre los miembros de las comunidades étnicas, que mantenían el acceso exclusivo a las tierras comunales, y los inmigrantes internos (por lo general auto-definidos como ladinos) que se encontraron sin tierras.

El quinto capítulo enfoca en las tendencias políticas de la misma época. Tal como lo han reconocido otros autores, el Estado nacional fue marcadamente débil a mediados del siglo XIX. Lauria señala el papel activo de los actores rurales populares en los conflictos políticos y militares de la época, no como objeto de las manipulaciones de caudillos ambiciosos, sino como actores que presionaban, negociaban y formaban alianzas (de alcance local, regional, nacional o internacional) para garantizar sus intereses y maximizar su acceso al poder. No sería sino hasta los inicios del siglo XX cuando, con la disminución del poder municipal, el fortalecimiento del ejército y la paulatina acumulación de recursos institucionales, se centralizara significativamente el poder estatal.

Los trabajos clásicos sobre los orígenes de la elite salvadoreña y el Estado han asignado una gran importancia a la introducción del café. Lauria, por su parte, dedica el sexto capítulo a argumentar que mucho de lo que creemos saber contradice a la cuidadosa reconstrucción cronológica de los procesos históricos. Entre 1860 y 1890, la producción cafetalera iba en aumento con una gran participación de pequeños productores. Tanto para campesinos como hacendados, el cultivo comercial del café era complemento y no sustituto de las demás actividades productivas. Sería sólo con los cambios políticos y tecnológicos de la década de los

1920, cuando una pequeña elite llegaría a controlar la caficultura salvadoreña y a aumentar enormemente el peso del café dentro de la economía nacional.

Al contrario de lo que se ha creído, pues, el impulso hacia la privatización de las tierras comunales y ejidos municipales no vino de una poderosa elite cafetalera ansiosa de expandir sus haciendas. Ya hemos visto que los campesinos, tanto indígenas como ladinos, participaban ampliamente en la agricultura comercial del café y otros cultivos, hasta el final del siglo XIX. En el séptimo capítulo, Lauria argumenta que ya para los años 1870 el sistema de tierras comunales se había vuelto desventajoso para agricultores ambiciosos de cualquier nivel social o categoría étnica, ya que dejaba a los cultivos expuestos a abusos arbitrarios de poderes locales y la propiedad comunal no servía como garantía para préstamos financieros.

Según lo planteado en el capítulo ocho, si bien la disolución de los ejidos municipales fue recibida con entusiasmo por la mayoría de los afectados, la abolición de la propiedad comunal fue mucho más conflictiva tanto dentro de las comunidades ladinas como en las indígenas. Aún cuando la gran parte de los que tenían terrenos en usufructo lograron adquirir título a ellos, muchas de las tierras no cultivadas fueron acaparadas por el emergente sector de comerciantes y propietarios acaudalados, a veces como resultado de transacciones corruptas con los representantes elegidos por la comunidad para coordinar la partición. En algunos lugares, los conflictos por la medición y distribución de terrenos fueron agudos y violentos. Pero el impacto real de la reforma afectó a la siguiente generación, dentro de la cual el número de jornaleros sin tierras aumentó de manera importante.

Las tensiones económicas, étnicamente diferenciadas, agudizadas por la abolición de la propiedad comunal a finales del siglo XIX, contribuirían a los conflictos sociales y movimientos reivindicativos de los años de 1920 y 1930. Sin embargo, Lauria insiste en que la cuestión de la tierra no es la explicación fundamental del trama salvadoreño. Al contrario: "Es en el ámbito político —en la compleja balanza de poder entre diferentes sectores sociales y el Estado— y no

en la estructura de la tenencia de tierra o de la producción cafetalera, donde encontramos la clave para explicar la historia política autoritaria del país." [238].

Con esta publicación, la historia política y agraria de El Salvador alcanza un nivel de evidencia empírica y detalle regional que posibilita una reevaluación de las hipótesis comparativas desarrolladas hasta el momento en Centroamérica. ¿Qué tan excepcional fue la trayectoria costarricense dentro de la región, y desde qué momento lo fue? Quizás ya es hora de reconocer los límites de la misma pregunta. Nuevos estudios sobre la historia socio-económica de El Salvador, Honduras y Nicaragua empiezan a complementar a los estudios sobre Costa Rica y Guatemala, países cuyas complejidades geográficas y vaivenes cronológicos han sido más plenamente estudiados.¹ Mientras más conocemos la diversidad regional interna de los países del istmo, más podríamos cuestionar la utilidad analítica de recurrir a las unidades nacionales para fines de comparación.

-
1. Sobre Honduras véase Darío Euraque. *Reinterpreting the Banana Republic: Region and State in Honduras, 1870-1972*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996, y John Soluri. "People, Plants, and Pathogens: The Eco-social Dynamics of Export Banana Production in Honduras, 1875-1950". En: *Hispanic American Historical Review* 80, N° 3 (agosto 2000). pp. 463-501. Acerca del impacto de la óptica regional, véase Arturo Taracena. *Invenición criolla, sueño ladino, pesadilla indígena: Los Altos de Guatemala: de región a Estado, 1740-1871* Antigua, Guatemala: CIRMA, 1999; Ronny Viales. *Los liberales y las áreas de colonización no cafetaleras. El caso de la región Atlántica (Caribe) costarricense entre 1870 y 1930*. Tesis de doctorado, Departamento de Economía e Historia Económica, Universidad Autónoma de Barcelona, 2001.